



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BACHILLERATO DE BELLAS ARTES

Portes
Artes y Letras



Año 2 / N° 3 / 2013

Las nociones de retórica y dialéctica en el *Fedro* de Platón, y su proyección a la actualidad en relación con la enseñanza de la argumentación

Claudio M. Arca

Lógica de los Discursos

Bachillerato de Bellas Artes “Francisco A. de Santo”

Universidad Nacional de La Plata

claudioarca@hotmail.com

Resumen

En el presente trabajo se indagan los significados de retórica y dialéctica tal como aparecen usados en el *Fedro* de Platón y su posible proyección a la actualidad. Esta tarea se vincula con la revisión del marco teórico y los cambios que se vienen produciendo desde hace algunos años en los contenidos de los programas de lógica en la escuela media, orientados hacia la denominada lógica informal. Esta última, a diferencia de la lógica formal, estudia los argumentos en relación al contexto, entendiéndolos como actos de comunicación que persiguen diferentes finalidades (persuadir, convencer, lograr acuerdos, etc.), marco en el cual las dimensiones retórica y dialéctica no pueden soslayarse.

Palabras clave: Retórica – dialéctica – argumentación – monólogo - diálogo

Palabras iniciales

El propósito del presente trabajo es indagar sobre los conceptos de dialéctica y retórica tal como aparecen usados en el *Fedro* de Platón y su posible proyección a la actualidad. La tarea se vincula aquí con la revisión del marco teórico y los cambios que se vienen produciendo desde hace algunos años en los contenidos de los programas de lógica en la escuela media.

Básicamente, dichos cambios orientaron la enseñanza de la asignatura hacia la denominada lógica informal, lo que implicó el distanciamiento paulatino de los cursos tradicionales. Mientras en estos últimos sólo se pone el foco en el análisis de la relación entre las premisas y la conclusión de los razonamientos, y en evaluar su validez o corrección desligados de los contextos reales de aplicación, en un curso de lógica informal las nociones básicas (concepto de razonamiento, consistencia, deducción, inducción, etc.) se resignifican y se ponen en juego junto aquellas otras provenientes de la “teoría” de la argumentación (por ejemplo, “argumentación”, “problema”, “punto de vista”, etc.) con el objeto de utilizarlas en el análisis, evaluación y construcción de argumentos en contextos reales.

Es entonces en el marco de un programa de estas características donde adquiere sentido indagar sobre los significados de retórica y dialéctica, teniendo en cuenta que al abordar el estudio de los discursos argumentativos no pueden soslayarse estas dos dimensiones, además de la estrictamente lógica.

En lo que sigue, comenzaremos por analizar sus significados según el *Fedro*, y luego nos abocaremos a analizar en qué aspectos se mantienen vigentes y en cuáles no, considerando a su vez la posibilidad de compatibilizarlas junto a la lógica en el estudio de los discursos argumentativos.

Retórica y dialéctica en el Fedro

El objeto de estudio que aborda Sócrates en la segunda parte del *Fedro* es el discurso en general, orientando su indagación a “examinar (...) de qué modo un discurso está bien pronunciado y escrito y de qué modo no lo está.” (Platón, 2007: p.157)

Acto seguido, en las sucesivas intervenciones de Sócrates y Fedro quedan expresadas dos tesis contrapuestas que ya anuncian la oposición dialéctica – retórica. Veamos:

Sócrates: ¿Y acaso no es requisito para lo que ha de decirse bien y con belleza que la mente del que lo pronuncia sepa lo que es verdad respecto de lo que va hablar?

Fedro: Acerca de ese punto esto es lo que he oído decir, querido Sócrates, que a quien se dispone a ser orador no le es necesario conocer lo que es realmente justo, sino aquello que le parece a la multitud que es quien va juzgar, ni lo que es realmente bueno o malo, sino lo que lo parece. Ya que es de esto de donde procede la persuasión y no de la verdad. (Platón, 2007: p. 158)

Comenzando por la retórica, y de acuerdo a lo afirmado por Fedro, la misma (tal como existe de hecho) es una práctica discursiva, que un orador ejerce en ámbitos públicos. Es un modo de operar, de influir, sobre los otros (lo que se denomina “psicagogía” o seducción de las almas), que consiste en volver aceptable una afirmación o curso de acción partiendo de ciertas ideas previas admitidas por la mayoría. Su valor reside en su eficacia persuasiva, y en orden a esto vale más lo verosímil que lo verdadero (o en todo caso lo verdadero fundará su valor en lo verosímil) y el creer que el saber, Por lo tanto, no importa engañar (hacer parecer justo lo injusto o bueno lo malo), si resulta verosímil, si produce convicción, que es en definitiva la finalidad del discurso.

Más adelante nos iremos enterando de otras características, como por ejemplo que se aplica fundamentalmente en cuestiones controversiales para sostener y defender en cierta ocasión una postura y en otra su contraria. A su vez quienes defienden esta práctica discursiva afirman que es un arte del que puede hacerse un uso bueno o malo, por lo cual habría que desligarla de los contenidos de los discursos y de sus finalidades.

Es entonces contra este tipo de práctica que Sócrates emprenderá su crítica. La cual tiene un sentido político, ya que está dirigida a desenmascarar ciertas conductas públicas al parecer predominantes en instituciones de la polis (como las asambleas y los tribunales), y en consecuencia a modificar un estado de cosas existente en la sociedad de su tiempo.

Desde el principio, el ateniense le niega el estatus de arte o técnica y en concordancia con lo citado anteriormente sostiene: “un arte genuina de la palabra, dice el laconio, sin contacto con la verdad no existe ni existirá jamás.” (Platón, 2007: p. 161)

Para el filósofo ateniense no hay entonces un solo “arte” de la palabra disponible para distintos fines. Los procedimientos usados para producir verosimilitud y creencia no pueden ser los mismos que aquellos que nos llevan a la verdad y el saber. La opinión y la ciencia corren por caminos separados.

De este modo, Sócrates opondrá a esta “retórica” de hecho, un “genuino” arte de la palabra, una “retórica buena” (1) que sea expresión de lo verdaderamente justo, bueno, etc. Si en la retórica “mala” se puede volver aceptable o rechazable cualquier afirmación moviendo las pasiones de los otros en una u otra dirección, en la “retórica buena” se buscará llegar a la verdad por vía racional; a esa “retórica buena” Sócrates la llamará “dialéctica”. En orden a esto afirma lo siguiente:

De esto, Fedro, yo al menos soy un amante: de las divisiones y reuniones que me permiten hablar tanto como pensar; y si llegase a reconocer en algún otro que es naturalmente capaz de fijar su vista en la unidad y en la multiplicidad, he de seguirlo (...) Fíjate también que quienes pueden hacerlo (...) los llamo dialécticos. (Platón, 2007: 175-176)

En principio, la dialéctica aparece aquí como un método de indagación, de descubrimiento y de expresión de la verdad, que incluye dos operaciones: la división (análisis) y la reunión (síntesis). La dialéctica, a diferencia de la retórica y tal como su nombre lo indica, procede mediante el diálogo mientras que la retórica nos remitiría a un discurso lineal y monológico.

Sócrates extiende su crítica a la enseñanza y el aprendizaje, tal vez con el objeto de alertar a quienes deseen iniciarse en el conocimiento de esta práctica. Según el filósofo, el aprendizaje de cualquier arte no se realiza ni de oídas ni mediante la lectura. Por ejemplo, un libro (medio que solían usar los maestros de retórica) no enseña sino sólo comunica información sobre un arte determinado; quien lo lee no debe creerse conocedor del mismo sino sólo poseedor de dicha información, lo que no lo convierte necesariamente en retórico, del mismo modo que el tener ciertos conocimientos previos de medicina no lo convierten en médico, o tener ciertos conocimientos de armonía no lo convierten en músico. De esta manera, sea la retórica buena o mala, no es ese su camino de enseñanza y por ende de aprendizaje. Estos pasajes podrían interpretarse como un anuncio de la crítica a la escritura que Sócrates efectuará con más detalle al final del diálogo.

De dicha crítica pasa luego a establecer lo que un buen orador debería saber y es allí donde desarrolla con más detalle las características de la “buena retórica” o dialéctica. En orden a esto, la analogía con la medicina es válida en relación al concepto de “fármakon” (2), dado que el arte de los

discursos sería al alma lo que la medicina al cuerpo. Un buen médico debe conocer a quién, en qué momento y en qué medida debe administrar un tipo de remedio; del mismo modo, un buen orador debe saber corresponder un tipo de alma con un tipo de discurso:

Sócrates: el mismo modo de proceder es en cierto sentido el propio de la medicina como el de la retórica.

Fedro: ¿Cómo?

Sócrates: En ambas es preciso discernir una naturaleza, la del cuerpo en la una y la del alma en la otra, si vas a proceder no solo por rutina y experiencia sino por arte, para dar al cuerpo, con remedios y alimento, la salud y la fuerza, y para proporcionar al alma con discursos y prácticas consuetudinarias, la persuasión y la virtud que se desee.” (Platón, 2007: 187)

Y más adelante agrega:

... si alguien no ha enumerado las naturalezas de quienes conforman el auditorio y no tiene la capacidad de dividir las cosas que no son de acuerdo con sus formas así como de abarcar cada cosa, una por una en una idea única, jamás será un experto en el arte de los discursos... (Platón, 2007: 195)

De esta manera el buen orador, además de conocer las almas que va a conducir, deberá valerse de la dialéctica como proceso que las lleva al verdadero conocimiento de las cosas.

Y como la dialéctica supone una conversación, requiere la presencia activa del maestro, de ahí que no pueda aplicarse mediante la escritura, y de allí la crítica a esta última.

Sócrates da comienzo a la misma con el relato de un mito egipcio, donde cuenta que el dios Teuth presenta sus invenciones a Thamus, rey de Egipto. Entre ellas se encuentra la escritura, a la que describe como “fármakon” (remedio) para la memoria y la sabiduría, en tanto haría a los hombres más sabios y memoriosos. Sin embargo, el monarca rechaza el invento sosteniendo que producirá lo contrario (veneno), ya que al confiar en la escritura, las personas descuidarían lo aprendido. De esta manera el “fármakon” es una droga que parece un remedio, pero que en realidad constituye un veneno a la hora de conservar los saberes aprendidos. En esta línea de “fármakon” negativo, hace creer a quien la conozca que un saber se puede obtener sin un maestro; pero para Sócrates esto no es posible, ya que así como la pintura simula seres vivos, la escritura es sólo apariencia y no verdadero saber; las palabras escritas son letra muerta imposibles de interrogar pues su respuesta es siempre la misma, y si alguien las cuestiona o ataca “necesitan siempre – a decir de Sócrates- del socorro de su padre, pues por sí solas

<http://www.revistas.unlp.edu.ar/index.php/PLR/index> pág. 5

no son capaces ni de defenderse ni de socorrerse a sí mismas” (Platón, 2007: p. 202). De esto se desprende que carecen de autonomía para transmitir un saber, para volver comprensible un conocimiento.

Sócrates le opondrá entonces al discurso escrito un “hermano legítimo”: el habla entendida metafóricamente como otro tipo de escritura (3). Ese discurso (“escritura” buena, viva y no simple representación) es el que el maestro dialécticamente “escribe con conocimiento” en el alma del que aprende. Lo cual no consiste sólo en memorizar un contenido sino en comprender su significado.

En suma, retórica y dialéctica aparecen como dos conceptos y prácticas contrapuestas, y ligadas a ellas se establecen otras oposiciones: monólogo – diálogo, rutina – arte, opinión – ciencia, verosimilitud – verdad, creencia – saber, escritura – habla, información – conocimiento, pathos – logos, retención – comprensión, pasivo-activo, interior - exterior.

Indaguemos ahora su proyección a la actualidad.

Dialéctica y retórica hoy

Si bien la pregunta socrática “¿de qué modo un discurso está bien pronunciado y escrito y de qué modo no lo está?” está vinculada con la sociedad de su tiempo, es posible trazar ciertas analogías con la nuestra (por cierto mucho más compleja), que la revisten de actualidad.

Una de ellas es que tanto en la polis griega como en la nuestra hay una indiscutible relación entre palabra y poder; esto es lo que vislumbra Sócrates y por eso responder a la problemática que encierra dicha pregunta tiene, como ya dijimos, una intención política. En orden a esto sostiene Bourdieu: “El trabajo político se reduce, en lo esencial, a un trabajo sobre las palabras, porque las palabras contribuyen a construir un mundo social” (4). Y en este sentido, la dialéctica socrática, en tanto “trabajo sobre las palabras” se vinculaba, al igual que hoy, con la construcción de un mundo social.

Una segunda analogía se encuentra en las prácticas discursivas, y en particular, las argumentativas; en ambas sociedades hay discursos que son o pretenden ser más rigurosos en términos

de verdad y corrección lógica, y otros que utilizan las falacias como recurso persuasivo o directamente manipulatorio.

Pero, como vimos, dialéctica y retórica (en el sentido real y no figurado del término) en el análisis socrático significan cosas opuestas, no tienen puntos de contacto: lo retórico nunca puede ser dialéctico y viceversa. Y probablemente esto haya contribuido a la fragmentación en el campo de la argumentación, lo que ha dado lugar en el siglo XX a las perspectivas retóricas o dialécticas en su estudio. Sin embargo, y a pesar de esto último, cabría indagar si hoy se mantiene vigente esa contraposición o si es posible establecer entre ellas algunos puntos de contacto.

En principio, lo que se mantiene vigente de estos conceptos es la vinculación de la retórica con los procesos o estrategias dirigidos a personas o audiencias con el fin de que adopten ciertas creencias, decisiones o acciones; y la dialéctica con procedimientos más o menos codificados que hacen a un diálogo razonable (lo que incluiría la rigurosidad lógica de los argumentos usados en el mismo).

Pero esto no significa necesariamente contraposición, por lo que sería pertinente tratar de responder las siguientes preguntas: ¿Es posible pensarlas como complementarias? ¿Son compatibles los criterios de eficacia retórica y de racionalidad o razonabilidad dialéctica en el análisis, evaluación y construcción de los argumentos?

Responder estas preguntas exige tener en cuenta un cuadro de situación que incluye aspectos teóricos y prácticos.

Por un lado, la posibilidad de pensarlas compatibles se ve favorecida por el hecho de que en la actualidad algunas características asociadas en la antigüedad con la retórica o bien con la dialéctica ya no les pertenecen exclusivamente; por ejemplo, opinión, verosimilitud y creencia a la retórica, y ciencia, verdad y saber a la dialéctica. Hay asuntos controversiales que hoy discute nuestra sociedad que sólo son opinables (por ejemplo, cuestiones valorativas, éticas o políticas, vinculadas muchas veces a tomas de decisión), y en los que parecería legítimo articular recursos retóricos y dialécticos (y por supuesto lógicos) en la argumentación. Y hay problemas científicos en los que aspirar a la verdad no implica renunciar a mecanismos eficaces de persuadir a los demás de ella.

Por otro, esa posibilidad choca con tensiones internas dentro del campo de argumentación originada en la variedad de enfoques. Por ejemplo, los enfoques retóricos, tiende a privilegiar la eficacia persuasiva, y en consecuencia a desdeñar la corrección lógica e incluso a no descartar el uso de falacias. Y por su parte los enfoques dialécticos, al privilegiar las reglas del buen diálogo suelen descuidar o incluso devaluar los recursos persuasivos de la argumentación.

Otra aspecto a considerar es que la argumentación puede ser tanto oral como escrita, y tanto dialógica como monológica. En orden a esto, la dialéctica (vinculada a la práctica dialógica) sería sólo funcional al habla pero no a la escritura. Y por su parte, la retórica, aunque se adapte bien al discurso escrito, en algunos contextos tendría más fuerza persuasiva en el discurso oral, además de que parece funcionar mejor en el monólogo que en el diálogo.

Dada entonces esta situación, intentaremos ofrecer algunas respuestas que sólo pretenden ser orientadoras de una posible articulación teórica aplicable tanto a la presentación como al análisis y evaluación de los argumentos.

En primer lugar, habría que pensar en un concepto de argumento que las englobe. Si la dialéctica se asocia (junto a la lógica) a la justificación y la retórica a la persuasión, dicho concepto debería incluir estas dos notas distintivas: justificar y persuadir.

En segundo término, se deberían resignificar las nociones de diálogo y monólogo argumentativos. Esto significa extender la noción de diálogo de tal modo que incluya al monólogo, o visto de otro manera, pensar al monólogo como parte de un diálogo. En orden a esto, desde la perspectiva pragmadialéctica, van Eemeren y otros afirman lo siguiente:

...un monólogo defiende un punto de vista que en un sentido debe ser visto como un diálogo. Tales monólogos son tan comunes que la gente no advierte que el discurso argumentativo siempre implica una discusión o situación de diálogo aun cuando ésta sea implícita. La argumentación siempre tiene el objetivo de convencer a los críticos potenciales, sea que estén presentes o no en la realidad. (van Eemeren y otros, 2006: 40)

Este concepto de diálogo implícito propuesto por estos autores, permitiría además, y sobre todo, vincular el diálogo argumentativo al discurso escrito. Un artículo, por ejemplo, podría pensarse como un movimiento o una intervención en un diálogo argumentativo, donde el argumentador puede dejar en claro que frente a un determinado problema hay distintos puntos de vista, manifestar luego cuál es el

<http://www.revistas.unlp.edu.ar/index.php/PLR/index>

propio, dar sus fundamentos, y responder a las reales o potenciales objeciones de la parte opuesta, la que permanece implícita y a la que se trata de convencer.

Sea que lo entendamos en sentido amplio o estrecho, un diálogo argumentativo se desarrolla en determinados contextos o marcos sociales, sitios de funcionamiento con distintos tipos de auditorio y en los que se persiguen diferentes objetivos (no es lo mismo un tribunal de justicia, una asamblea o un ateneo de ciencia). Todo lo cual debe tenerse cuenta a la hora de diseñar la estrategia discursiva más apropiada para cumplir con los mismos.

Pero dicha estrategia (modos de actuación discursiva) debería conjugar validez lógica, contexto dialógico de emisión y poder de persuasión de los argumentos dentro del mismo. Por ejemplo, si se trata de un debate (contexto dialógico) donde el argumentador no pretende convencer a su eventual contrincante sino a una tercera parte (público) sobre la conveniencia o no de un determinado curso de acción, se debería exigir que los recursos emotivos no sustituyan las razones sino que las complementen en función de ese objetivo (es decir evitar que el *pathos* tome el lugar del *logos*, y de ese modo no caer en la falacia llamada “sofisma patético”).

Lo dicho hasta aquí, como afirmamos más arriba, sólo pretende ofrecer algunos lineamientos o trazos gruesos en orden a una posible complementación, articulación o integración de las distintas dimensiones del discurso argumentativo en una normativa única. Dar cuenta de la misma es una tarea que permanece abierta a una investigación más profunda, y que excede las pretensiones del presente trabajo.

Por último, y volviendo a lo que se dijo al principio de este apartado, cabría agregar que si la pregunta socrática se mantiene vigente en su intención política, si pensamos como meta máxima en una teoría de la argumentación que dé fundamento a una normativa única no sólo aplicable en ámbitos académico o científicos sino también en la vida pública, es probable que la misma guarde además una dimensión ética, ya que reglar las prácticas argumentativas implicaría, como propone Sócrates en los diálogos, la exigencia de conductas honestas y razonables de quienes se involucran en ellas.

Palabras finales

Como pudo verse, en el presente trabajo hemos tomado una problemática incluida en el *Fedro* como disparador en la indagación de los significados de dialéctica y retórica, conectada a su vez con la necesidad (y también el deseo) de contar con un marco teórico más sólido en la enseñanza de la asignatura “Lógica”.

Los cursos tradicionales de esta materia encontraban una apoyatura teórica más firme en una disciplina científica ya normalizada (la lógica formal deductiva) que se ofrecía como canon del discurso racional e instrumento de la razón cognitiva. Pero a la vez aparecía tan alejada de la argumentación real que no cubría todas las expectativas de brindar herramientas eficaces para el desarrollo del pensamiento crítico de los estudiantes.

El cambio de orientación devino en el encuentro con un campo de estudio más endeble pero que ofrece contenidos más apropiados a lo que cualquier persona debería saber de lógica, sobre todo si pretende desenvolverse con solvencia en los asuntos públicos o en general de orden práctico en la sociedad actual. En orden a esto, valen recordar las siguientes palabras del investigador de la UNAM Gilberto Giménez:

Nuestras sociedades secularizadas y pluralistas ya no reconocen verdades y valores absolutos, y se han convertido en gigantescos “mercados simbólicos” donde las más diversas y encontradas propuestas ideológicas compiten entre sí por mantener o conquistar adherentes. Esta situación conduce naturalmente a una especie de debate social, en que las armas de la argumentación desempeñan un papel de primer plano (...) Frente a esta violencia simbólica generalizada, se plantea la necesidad de desarrollar un pensar crítico que permita decodificar las operaciones retórico publicitarias y sirva de antídoto contra la manipulación de opinión (Gimenez G., 1988: 9 y 10).

Frente a este panorama, la formación de un pensar crítico como “antídoto” (¿”fármaco”?) debe incluir conocimientos de lógica (propriadamente dicha), dialéctica y retórica. Y aunque todavía esté pendiente la tarea de hacerlas confluir en una visión integrada del campo de la argumentación (lo que daría lugar a un marco teórico más firme), su enseñanza debe tender a complementarlas, algo acerca de lo cual hemos arrimado unas pocas y tímidas propuestas.

Notas

1. Curiosamente Sócrates usa en sentido figurado el término “retórica” para dar cuenta de lo que debe ser un correcto arte de la palabra.
2. Este término griego puede significar remedio o veneno, pero en cualquier caso hace referencia a una sustancia que altera la naturaleza de un cuerpo.
3. Sucede con “escritura” lo mismo que con “retórica”; al utilizarla en sentido figurado transforma su connotación negativa en positiva.
4. Entrevista con Didier Eribon en el periódico *Libération*, del 19 de octubre de 1982.

Bibliografía consultada

Aristóteles, *Tratados de Lógica*, Barcelona, Gredos, 2007.

Comesaña, Juan Manuel, *Lógica informal*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

Derrida, Jacques, *La farmacia de Platón*, Fundamentos, 1997.

Giménez, Gilberto, “Discusión actual sobre argumentación”, en *Discurso. Cuaderno de teoría y análisis* N° 10. Publicación del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, 1988.

Kohan, Walter, *Sócrates, el enigma de enseñar y aprender*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

Platón, *Fedro*, Barcelona, Losada, 2007.

van Eemeren, Frans; Grootendorst, Rob; Snoeck Henkemans, Francisca, *Argumentación –análisis - evaluación – presentación*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

Vega Renón, Luis. “De la lógica académica a la lógica civil: una proposición”. *Isegoría*. CSIC, N° 31, diciembre de 2004.